

cian por Rey, ni era su Señor, y que él y sus hijos y mugeres y su generacion le abían de matar y raellos de la tierra, por que no quedase memoria de él ni de su generacion, y juntamente con él á los traidores malvados de los españoles, que tan gran traicion abían usado con ellos; y diciendo esto, antes que pudiesen cubrir á *Montezuma* con la adarga y rodela, arrojó uno de ellos una piedra y dió á *Montezuma* en la frente, casi junto á la mollera, la cual aunque le hirió fué en soslayo y no le hizo casi herida sino muy poca, y otros dicen que juntamente le hirieron en un pie de un flechazo,¹ la cual relacion es de diversos autores, por que lo del flechazo no lo trata esta historia, sino relacion de un índio particular; y asi baxaron á *Montezuma* herido y sin hacer efeto su subida, por el gran enojo y ira que los mexicanos tenían contra los españoles, animándolos el valeroso mancebo *Cuauhtemotzin*;² el cual, aunque mozo, salia armado cada día á pelear y á animar á los suyos, donde ningun tlaxcalteca perdaban de los que á las manos podían aber, los cuales estaban en tanto aprieto como los españoles, y despues fueron los que llevaron la peor parte, pues muy pocos de ellos volvieron á Tlaxcala, como adelante diremos.

CAPÍTULO LXXVI.³

Cómo el Marques del Valle Don Hernando Cortés salió de los aposentos y de cómo fueron sentidos de los indios y de los muchos españoles y indios que á la salida murieron.

Ya hemos visto el aprieto y aflicto en que los mexicanos tenían al Marques y á todos los demas españoles el cual (como dicen) con la aflicion fatigaba el entendimiento para buscar un medio, ó alguna traza, como poder salir de allí y librar á sus compañeros de una angustia tan grande como todos se veían, sin esperar otra cosa mas de ser muertos y comidos de aquellos que con tanta rábia y interes los tenían cercados, jurándoles cada día y amenazándolos que les abían de comer sus carnes y que no se les abía de escapar ninguno; llorando muchos de ellos amargamente se que-

¹ Hay varias tradiciones relativas á la muerte de este infortunado monarca.

² Léase *Cuitlahuac*, segun la nota de la pág. 43.

³ Lám. 30, Pte. 1.^a

xaban de Don Pedro de Alvarado, á quien atribuyen tan mal hecho y cruel, como fué matar á toda la flor de México, y entre ellos muchos de la redonda; y digo que solo¹ atribuian á Don Pedro de Alvarado, por que un conquistador de los primeros me dixo, que abiendo ido el Marques á la Veracruz á prender á Narvaez, en su ausencia hizo Don Pedro de Alvarado la mortandad y atroz hecho, lo cual entiendo abrá sido relacion aficionada, por no atribuir semejante crueldad á persona que en todo merece ser alavado y celebrado entre los hombres de mas valor y pecho y de mejor traza y parecer que a abido en el mundo.

Lo que me mueve á pensar y entender, no ser verdad estar el Marques ausente, es porque los indios, luego que aconteció, se revelaron contra los españoles y los cercaron, que aun un páxaro no podia entrar sin ser visto, y así tengo por imposible la entrada del Marques del Valle en México con la gente de Narvaez que traya, estando México, como estaba, todo puesto en arma, si se hallara á aquella sazón fuera de él; y que aunque truxera mucha mas gente de la que traya, estando ya los indios tan desvergonzados y encarnizados, como estaban, no teniendo la vida en nada á trueque de vengarse, no dudo sino que su vuelta fuera de muy poco efeto, porque México estaba todo fundado en agua y las acequias servían de calles y de casa á casa una muy pequeña y angosta puente, con lo cual era inexpugnable; la cual razon, despues que la ube dado, me respondió, que el mismo día que aconteció, ó luego otro día² de llegado el Marques, antes que los indios se levantasen contra ellos; y todo puede ser, pesándoles á todos de abello hecho, pues hasta entónces abían estado en paz y comido y bebido y holgado y pasado muy á su voluntad, viéndose agora en un aprieto tan grande, y que morían de hambre y cercados de indios, mas que hormigas, y que con tanta crueldad los amenazaban y que toda la noche y el día no hacían otra cosa sino vocear y que su salida era de ningun efeto ni se podían aprovechar de sus armas y caballos, contabanse con los muertos;³ teniendo por mal agüero las visiones que veían de noche, creyendo ser pronóstico de su muerte; pero nuestro Dios, que con su bondad y misericordia no mira nuestras maldades, antes con entrañas piadosísimas acude á los que le llaman con los brazos abiertos, especialmente á algunos de los de aquella compañía que no abían dado parecer ni consentimiento á tan gran maldad y crueldad y juntándose á esto la divina voluntad, que era de salvar y librar á estas miserables naciones de la intolerable

¹ Tal vez —“se lo.”

² Esta fecha es inexacta. Cortés y Bernal Diaz dicen que en Veracruz recibieron la noticia de la insurreccion.

³ Esto es; se juzgaban ya muertos.

ceguedad é idolatría en que estaban, acudió como piadoso padre al socorro que el buen Marques del Valle le pedía y á los demás que de corazón se le pedían, especialmente á la bendita intercesora y madre de pecadores y abogada nuestra, la Reina de los Angeles y Señora de nuestro remedio, á quien el buen Capitan pedía remedio y favor, la cual acudió como verdadera remediadora de nuestras afliciones.

Donde por su intercesion aplacado nuestro Dios, envió aquella noche, en tiempo de la mayor necesidad, un aguacero tan grande y con una tempestad de aire y granizo, que forzados los mexicanos á dexar el cerco y apagadas las lumbres que las centinelas y guardas tenían, todos se recogieron y huyeron cada uno á sus casas y aposentos, huyendo de la terrible tempestad; lo cual visto por el Marques del Valle, entendiendo ser venido por la voluntad del muy alto y piadoso Señor y de Ntra. Señora de los Remedios, á quien él se encomendaba, mandó luego que con todo silencio y sin estruendo ni ruido, todos saliesen muy en orden por donde los tlaxcalteca los guiasen y otros indios que tenían presos de los amigos, los cuales viendo la oportunidad del tiempo y oscuridad de la noche y que todavía el agua les era favorable, que no cesaba de llover, empezaron á salir, mandando el Marques que ninguno cargase del tesoro¹ ni se acodiciase á llevar oro ni joyas ni otra cosa, que le fuere estorvo á su camino y huida, porque daba por perdido al que cargase de aquellas riquezas que allí abía y tesoro; sino que lo dexasen que allí se estaría para cuando volviesen; que lo que les aconsejaba era que llevasen todo el pan que pudiesen hasta salir de los términos de los enemigos, y que esto les sería de mas provecho, que no el oro ni riquezas que podían llevar.

Con esto empezó el Marques á salir muy secretamente y con mucho orden y silencio, siguiendole sus soldados, todos los que tomaron su consejo, cargados de pan y matalotaje, y así los que no lo tomaron quedaron cargando de aquel oro y joyas que allí abía, atreviéndose² á que llevaban muchos de ellos caballos, y así cargaron un mundo de aquel tesoro que allí abía muchos indios y indias, y ellos mismos iban cargados de todo lo que pudieron; los cuales, como empezaron á salir de los aposentos donde estaban, con aquella carga de oro, no lo pudieron hacer tan secretamente que no fuesen sentidos de un indio, que acaso salió á una azotea, juntamente con una india, los cuales empezaron á dar voces y á decir, "sali mexicanos que se os van estos traidores; sali que se van estos traidores;"

¹ Lo contrario dice Cortés en su carta 27. § 43; que ordenó á sus soldados llevasen todo el oro que pudieran. Lo mismo dice Bernal Diaz.

² Quizá —"atreviéndose."

las cuales voces oidas salieron los mexicanos y toda la gente de guerra que abía en la ciudad y LA que de las demas provincias abían venido, y dando gran alarido, que bastaba á turbar los corazones muy apercebidos, en tanto mas los desapercibidos y vacios de armas y cargados de oro, fue tanta la turbacion que tomaron, que volviendo muchos de ellos huyendo á los aposentos, de donde abían salido, se quisieron tornar á hacer fuertes en ellos y otros que abiendo ya pasado algunas puentes, no pudiendo volver por hallarlas alzadas, dieron sobre ellos los indios con tanta furia y rabia, que así á los que alcanzaron fuera, como á los que se hicieron fuertes en los aposentos, los mataron á todos, sin quedar ninguno de ellos á vida, donde perdió el Marques del Valle setecientos hombres, á quienes los indios hicieron pedazos, sin ninguna piedad, quedando aquellas acequias llenas de hombres muertos y de caballos y de indios y indias, que no tenían número, y llenas del oro y joyas, que aquellos mal aventurados abían cargado, y de mantas plumas y de todo genero de riquezas.

El Marques del Valle con seiscientos hombres, puesto ya en salvo, y abiendo ya pasado las puentes todos con la priesa que se dió, ordenó su gente así de indios como de españoles, todos los que le abían quedado, siguiéndolos los indios con mucha vocería, dándoles gran batería de piedras y flechas y dardos, se fueron poco á poco, muy en orden, retirando á un lugar que agora llaman Ntra. Señora de los Remedios, donde llegaron los españoles tan cansados y afligidos y tan mal tratados, que muchos de ellos abiendo dejado los zapatos en el camino, llevaban los pies, por el suelo corriendo sangre, y otros las cabezas descubiertas y al sol y otros muy mal heridos de las piedras y varas que les abían arrojado los enemigos. Viendo el Marques del Valle la mucha gente que le faltaba, teniendo mucho dolor y lástima de ellos, estuvo por volver para ver si les podía dar algun remedio á los que hallase vivos, pero sabiendo como á todos los abían muerto, sin poderse valer, aunque quieren decir, y así lo cuenta esta historia, que los que se recogieron á los aposentos que se defendieron algunos dias y se mantuvieron valerosamente contra los indios, pero que al fin y al cabo faltándoles en todo el parecer y consejo y lo principal, que era el animoso capitan, vinieron á morir á manos de los indios y plega á Dios que no fuesen los que fueron de parecer que matasen á los Señores y que por su consejo se ejecutase aquella crueldad, y que los cesase Dios para que pagasen hecho tan malo y atroz.

Huidos los españoles de México y muertos todos los que cojieron, dice esta historia que entraron los mexicanos á los aposentos á buscar á su Rey *Montezuma* para egecutar en el no menos crueldades que en los españoles abían egecutado, y que andándole á buscar por los aposentos le ha-

llaron muerto con una cadena á los pies y con cinco puñaladas en el pecho y junto con él muchos principales y Señores, que juntamente estaban presos en su compañía, todos muertos á puñaladas, los cuales mataron á la salida que salieron de los aposentos; lo cual si esta historia no me lo dixera, ni viera la pintura que lo certificaba, me hiciera dificultoso de creer; pero como estoy obligado á poner lo que los autores, por quien me rijo en esta historia, me dicen y escriben y pintan, pongo lo que se halla escrito y pintado; y por que no me arguyesen de que pongo cosas de que no ay tal noticia, ni los conquistadores tal dexaron dicho ni escrito, pues es comun opinion que murió de una pedrada, lo torné á preguntar y á satisfacerme, porfiando con los autores que los indios le mataron de aquella pedrada: dicen que la pedrada no aber sido nada, ni abelle hecho mucho daño, y que en realidad de verdad le hallaron muerto á puñaladas y la pedrada ya casi sana, en la mollera, y que este fué el desastrado fin y muerte de *Montezuma* y de los demas reyes y Señores que estaban presos con él en los *calpules*; con lo cual se le cumplieron los pronósticos y profecías que él de sí mesmo abía profetizado y dicho; cosa que admira y se conoce ser verdaderamente permission del muy alto, en quien quiso executar rigoroso castigo por sus intolerables tiranías y crueldades y vicios nefandos y sucios en que estaba, en los cuales estaba tan encenegado y metido mas que cuantos hombres en el mundo a abido y es de considerar que aunque dicen algunos que le hicieron muy rico y solemne entierro y que turaron sus obsequias muchos dias, y que se juntaron á ellas muchos Señores y principales, pero esta historia no dice, sino que su cuerpo y los demas fueron quemados y hechos polvos, sin honra ni solemnidad ninguna; y que para mas vengarse de él fueron buscados sus hijos y mugeres para matallos.

Reinó este poderoso y airado Rey (aunque desdichado) diez y seis años y medio y murió el año que los españoles entraron en esta tierra por cuya prision y muerte quedó por Rey su sobrino llamado *Cuauhtemoc*,¹ hijo del Señor de Santiago; el cual por muerte de su padre gobernaba el Tlaltelolco á aquella sazón; el cual como vido que todavía el cerco que abia puesto abia sido de algun efeto y que abia muerto mas de la mitad de los españoles, reprendiendo al descuido que se abia tenido, en acogerse todos sin dejar guardas porque no se fuesen los españoles, envió sus mensageros á todos los pueblos cercanos, que juntamente con sus mexicanos saliesen á los llanos de Otumpa y que á los españoles que abian quedado les atajasen el paso y allí los matasen á todos al tiempo que pasasen por allí, pues su derrota llevaban á Tlaxcala, lo cual oido por todos

¹ Léase *Cuiclahuac*. Véase la nota de la pág. 43.

aquellos pueblos de Otumba y Teotihuacan y por todos aquellos Otomíes que viven en aquella comarca, salieron á los llanos de Otumba, tantos y tan innumerables indios que cubrían el sol, para atajar el paso á los españoles; los cuales tristes y afligidos y desconsolados y temerosos, y alcanzados muchos de ellos de salud, descalzos y destrozados y muertos de hambre y de sed salieron de Nuestra Señora de los Remedios, donde el Marques dejó aquel nombre puesto á aquel lugar¹ por entender que de mano de esta bendita Señora le abía venido este remedio.

Salió de allí y empezó á caminar con sus soldados y gente de los amigos que con él se abían escapado, y llegado á los llanos dichos de Otumba, creyendo que por aber salido de los terminos de México iba ya con alguna seguridad, halló grandes escuadrones de indios, tendidos por aquellos campos dando grandes alaridos y voces, y haciéndoles grandes amenazas y visages con los cuerpos y dando grandes saltos á una parte y á otra, blandiendo las espadas y arrojando muchas varas y piedras. Los españoles cuando los vieron y tanta multitud, quedaron como muertos sin ningun sentido, creyendo que su fin era llegado; pero el valeroso Don Hernando Cortés reprendiéndoles su cobardía y temor, mostrando un ánimo mas que humano, poniéndoles por delante que el que los abía librado del trabajo pasado los libraría de aquel, los animó y consoló con sus benignas y amorosas palabras; así, haciéndose todos una peya á causa de que por todas partes los indios los combatían, haciendo rostro á unas partes y á otras, procurando defenderse mas que ofender, vido el Marques que en un cerrillo alto que en el llano parecía, vido una bandera alzada y junto á ella un valeroso capitan, que en las insinias y armas que tenia y ricos aderezos le pareció ser hombre de mucho valor y estima, y que aquel animaba la gente desde aquel altillo, y que en aquel estaba toda la fuerza del ejército indiano que tanto los fatigaban y maltrataban; y subiendo en un potro que allí traya un soldado, casi por domar aunque recio y de mucho ánimo, y tomando una lanza en la mano, encomendándose á nuestro Señor con mucho ánimo invencible, atribuyéndose á temeridad todos los del ejército, solo arremetió á los indios y pasando por entre ellos pasó á donde el del estandarte estaba, y no pudiéndole defender el paso llegó á él y le dió de lanzadas,² el cual como cayó muerto en el suelo y los suyos le vieron, luego todos empezaron á desamparar el campo y á huir. El

¹ No es probable que Cortés se ocupara de ello. El primitivo historiador de este Santuario, enteramente abandonado en los años inmediatos á la conquista, y despues tan famoso, dice que: "los primeros españoles lo llamaron *de la Victoria*, y despues de Nuestra Señora de los Remedios. (Cisneros, Historia de el principio y origen de Nuestra Señora de los Remedios. México, 1621.)"

² Cortés no se atribuía esta hazaña en su carta al Emperador, pero sí se la atribuyó bajo la pluma de Gomara. Bernal Diaz, dice que fué de Juan Salamanca, á quien el Rei premió dándole por

Marques revolvió sobre ellos y haciendo de señas á los suyos salieron todos los de á caballo y empezaron á escaramucear por el campo y á alcanzar mucha de la gente que huía, donde murió mucha multitud de índios de los otomíes y de la demas gente de Tullan y de Otumba y de Cuauhtitlan y Tenayuca y Tlalnepantla, que abía salido al encuentro á los españoles; donde se tiene por muy averiguado que si el Marques no hiciera el hecho que hizo, corriera el ejército español mucho peligro por la solicitud que *Cuahtemoc* ponía en mandar á los chalca y tetzcoca y tecpaneca que luego, so pena de la vida, saliesen á socorrer á los de la Cuauhtlalpan y á todos los demas que abían salido al encuentro á los españoles; y fué este mandato con tanto rigor, que aparejados los chalca y xochimilca y tecpaneca y tezcucanos, no podían hacer otra cosa sino salir; y así tomando la mañana para acudir al socorro vino nueva como todos estaban desbaratados y los españoles aposentados en Otumba y con mucho socorro que de Tlaxcala les venía, por lo cual el ejército se desbarató volviéndose á sus lugares.

*Cuahtemoc*¹ se coronó en México con mucha solemnidad y todos los de la ciudad le juraron por Rey, aunque no con el aplauso y solemnidad que solían por estar la ciudad tan llorosa y toda la tierra tan alborotada y tan divisa como estaba, por que unos querían paz con los españoles y otros guerra, y así unos procuraban destruillos y se reforzaban y ponían pertrechos de guerra y cercas y albarradas y otros se estaban quedos deseando la paz y quietud y conservacion de sus haciendas y vidas; y así *Cuahtemoc*² en todo el tiempo que los españoles estuvieron en Tlaxcala reparándose y dando trazas y buscando maneras para volver á México y tomar la ciudad, que fué mas de año, aguardando navíos de españoles que cada día entraban en el puerto, para poderse valer³ con los indios, que tan empedernidos y endemoniados estaban contra ellos, nunca hizo⁴ sino ahondar acequias, hacer albarradas anchas y altas, incitar á las naciones contra los españoles, y llegó á tanto su diligencia, que envió por muchas veces á Tlaxcala á rogar á los Señores perdiesen el amor que á los españoles tenían y que les hiciesen y armasen alguna traicion y que los matasen y los echasen de su tierra; tanto que ya casi convencido uno de los Señores de Tlaxcala, incitaba á los otros lo hiciesen y condesendiesen con el ruego de *Cuahtemoc*⁵; de lo cual avisado el Marques se quexó á

armas el penacho que portaba el capitan muerto, portador de la bandera imperial. (Hist. verdadera, &c., cap. 128.)

¹ Cuiclahuac. Véase la nota de la pág. 43.—Hacia esta época fué electo Emperador.

² Léase Cuiclahuac.

³ Esto es, "defender de los indios, etc."

⁴ Refieren al Rey de México.

⁵ Léase Cuiclahuac.

los demas señores, formando quexa de todos, que le querían hacer traicion; de lo cual los tres se purgaron¹ entregándole al uno de ellos, que era el que se inclinaba á matallos. El Marques le puso en prisiones y creo que al cabo lo mandó matar; y así viendo *Cuahtemoc* que por aquella vía no podía inclinar á los tlaxcalteca á que matasen á los españoles y que todas sus diligencias no le aprovechaban, enviolos á amenazar con muchas amenazas y temores que les ponía sí con la victoria salía y juntamente procuraba atraer á los chalca y xochimilca y tecpaneca y tezcucas; pero como el buen Marques no se descuidaba de atraer á las naciones y enviar á rogar y avisar á los unos y á los otros que él no venía sino á librallos de la tiranía de México y de la opresion en que los tenían, y como la amistad de los mexicanos nunca fué de voluntad sino forzosa, siempre se allegaron á querer ser amigos de los españoles que no enemigos, en quien confiaron les darían libertad y quitarían de la servidumbre en que México los tenía.

*Cuahtemoc*² supo como los españoles se iban multiplicando y como el Marques abía enviado por socorro y que se apercebían y aparejaban para volver á México, y que ya los tetzcucanos se abían dado y declarado por amigos de los españoles y que los chalca y xochimilca y tecpaneca abían hecho lo mesmo, procuró meter en la ciudad mucha gente de guarnicion, y todos los más valerosos y valientes hombres que pudo y declarándoles como ya los chalca eran sus enemigos y los tecpaneca y xochimilcas y los tezcucanos, que ya no abía que esperar sino procurar morir ó vencer; y enviando por socorro á unas partes y á otras inchió su ciudad de mucha y muy valerosa gente, toda gente de la Cuauhtlalpan y de las ciudades que cayán á la parte de Cuauhtitlan, que sola aquella estaba contra los españoles, juntamente con la Tlaluica, que es la del Marquesado y tierra caliente; conviene á saber Yacapichtlan Huaztepec Yautepec Tepoztlan Cuanahuac y Tlayacapan y Totolapan, con todos sus sujetos, los cuales siempre estuvieron contra los españoles, hasta que el Marques los fué sujetando poco á poco, por que jamás se quisieron dar, hasta que entró el Marques por sus tierras matando y destrozando cuantos topaban y á las manos cojían, el cual los hizo desamparar sus casas y huir á los montes; y por que esto fué ya despues de tomado y sujetado á México, trataremos agora de cómo el Marques, despues que se vió con mas gente y con el favor de todos los mas pueblos de la tierra, volvió á México y le tomó como en el capítulo siguiente veremos.

¹ Es decir, se vindicaron ó justificaron.

² Los sucesos que siguen pertenecen ya á la época de su reinado. *Cuiclahuac* murió ochenta dias despues de su eleccion, en la peste de viruelas que introdujo un negro de Narvaez.